

# EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS XV JORNADAS

VOLUMEN 11 (2005)

TOMO I

Horacio Faas

Aarón Saal

Marisa Velasco

Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA  
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



# Fiel memoria de los desiertos días<sup>1</sup>

Nicolás Lavagnino\*

*Cristal de soledad, sol de agonías  
Adiós las mutuas manos y las sienes  
que acercaba el amor Hoy solo tienes  
la fiel memoria y los desiertos días.<sup>2</sup>*

## I. Acontecimientos, figuraciones, traumas, relatos

Lo que esta ponencia se propone es el rastreo de las modalidades por medio de las cuales en determinado momento se imponen relatos que legitiman una concepción extrema de ciertos acontecimientos, de modo que pueda postularse una distinción cualitativa entre esos acontecimientos, a la luz de la experiencia histórica, y cualesquiera otros, implicando y exigiendo un reajuste en las modalidades de representación. Tal reajuste a su vez repercutiría en la suspensión de toda noción de cambio representacional tanto en un sentido epistémico -vía atribución de privilegio a determinados actores- como práctico-político. Se ha propuesto una línea interpretativa que abreva en consideraciones teóricas respecto del trauma colectivo y la memoria literal, y en el modo en que resultan anulados relatos alternativos capaces de reiniciar la tarea interpretativa de acuerdo a nuevas necesidades sentidas, nuevos horizontes de sentido. Lo que se pretende en esta ponencia es erosionar la noción de "acontecimiento extremo", sobre la cual se postula descansan las demás determinaciones de la concepción dominante hoy día sobre estos tópicos, rehabilitando así el perspectivismo y el pluralismo de las interpretaciones que demanda toda tarea de representación, figuración y dotación de sentido de la experiencia de los hombres a través del tiempo.

## II. ¿Cuántos relatos caben en una ruina?

En 1986, Andreas Hillgruber publicó un libro que habría de suscitar polémica. En *Zweirei Untergang: Die Zerschlagung des Deutschen Reiches und das Ende des europäischen Judentums* (o, traducido, "Dos tipos de ruina: la destrucción del Reich alemán y el fin del judaísmo europeo") postulaba una evolución en paralelo de dos historias que confrontaban con el relato clásico sobre el Holocausto y la Segunda Guerra Mundial. Su propósito era advertir algo que, en opinión de Hillgruber, suele pasarse por alto: la derrota alemana a la que condujo el monstruoso régimen nazi acarreó también la destrucción de una cultura específicamente centroeuropea, súbitamente deglutida por el avance soviético y la constitución de un mundo bipolar. La maniobra de Hillgruber de apelar a la figura retórica de la *collatio*, es decir, la disposición de dos relatos en paralelo, sin previas identificaciones, permitiendo proyecciones metafóricas y asociaciones metonímicas entre ellas, siendo uno de esos relatos "el fin del judaísmo europeo" (Vg. el Holocausto) y el otro el fin del espacio cultural y político centroeuropeo, provocó la airada respuesta de quienes como el cineasta Claude Lanzmann (director del documen-

\* Universidad de Buenos Aires. Fundación Antorchas.

*Epistemología e Historia de la Ciencia*, Volumen 11 (2005)

tal *Shoah*) o el especialista Berel Lang postulan la obscenidad misma del proyecto de comprender el Holocausto (en sí mismo y en relación con cualquier otra cosa).

Detrás de esa irritación se esconde una ya larga tradición que asevera, con George Steiner, que "el mundo de Auschwitz se halla fuera del discurso, tanto como se halla fuera de la razón"<sup>3</sup>. Quienes a ella responden encuentran indignante cualquier intento por ir más allá de la recuperación literal de los acontecimientos, por lo que dirigen sus acusaciones en dos direcciones. Por un lado, hacia las más evidentes maniobras negacionistas. Por el otro, hacia manipulaciones culturalmente más refinadas que estetizan, según Lang, aquellos hechos que deberían ser invocados por fuera de cualquier tipo de convención figurativa o literaria, en el sentido de discurso opuesto a la "crónica realista". Lo que intenta postularse es que el Holocausto además de ser un acontecimiento real, es también un «acontecimiento literal», esto es, un acontecimiento cuya naturaleza le permite servir como paradigma de la clase de acontecimiento acerca del cual solamente nos puede ser permitido hablar en una forma literal, ya que el lenguaje figurativo no sólo se proyecta más allá de la literalidad de la expresión sino que también desvía la atención de las situaciones acerca de las cuales pretende hablar. Cualquier expresión figurativa, concluye Lang, agrega algo a la representación del objeto al cual refiere: se agrega a sí misma, con sus debidos requisitos de estilización; agrega también una perspectiva y, más aun, transforma acontecimientos en acciones de sujetos con intenciones, creencias y deseos, es decir, humaniza, ficcionaliza, permite la empatía y la generalización de aquello que es, por su mismo carácter inhumano, real, único, intransmisible.

La adición de una perspectiva es un precedente ominoso para aquello que Lang más teme: "La afirmación de posibilidades alternativas [de figuración]... sugiere un rechazo de limitación: *ninguna* posibilidad es excluida". La cadena que se establece queda así claramente delimitada: si todo relato contiene en sí una trama, y todo tramado requiere figuración, cualquier narrativa del Holocausto portará consigo elementos figurativos que el acontecimiento mismo rechaza. El único modo apropiado de referirse al acontecimiento "Holocausto" exige la ruptura con toda trama, todo recurso literario o figurativo, y la inmersión en un mundo de pura literalidad, lo que sea que esto signifique.

Volvamos a Hillgruber. Aquello que se le impugnaba era narrar indebidamente uniendo una sucesión inclasificable de acontecimientos con el eco de una "tragedia" moral y políticamente dudosa. ¿Cómo unir la tribulación por un mundo centroeuropeo culto y refinado perdido para siempre entre los escombros de la guerra, con aquella otra crónica innombrable de abyección, sumisión, negación de humanidad que supone el Holocausto? ¿No es eso indigno, indigesto, repulsivo?

La "gloriosa" defensa del frente oriental por el ejército alemán en la retirada de 1944/5 no tiene lugar entre los relatos que podemos hacer acerca de las ruinas que dejó la guerra. Ese esfuerzo bélico, que permitió que varios millones de alemanes huyan y se entreguen a las potencias occidentales, estiró el tiempo del Reich y permitió la consumación de la "Solución Final". El consenso al que se arriba, supuestamente, es que no cualquier conexión es válida a la hora de establecer relaciones entre el Holocausto y cualesquiera otros acontecimientos, y eso

en virtud del carácter del acontecimiento mismo. El Holocausto, en su abyección, su especificidad límite, impide determinadas formas de intentar hacer sentido de él.

Nos encontramos pues ante un "acontecimiento histórico extremo", es decir un acontecimiento cuya violencia y sordidez supera toda capacidad de imaginación y anticipación, rompiendo con las modalidades establecidas de figuración y ordenación de los acontecimientos dentro de líneas narrativas previsibles. La propia violencia del acontecimiento, así como la imposibilidad de comprender o asignar un sentido a una situación tan inesperada dentro de las matrices de significación previas, impide la aprehensión y/o reabsorción del evento, su comprensión y futura ubicación dentro de tramas de significación temporales más amplias<sup>4</sup>. Tales eventos quedan así aislados y apartados en el orden de las cosas, considerados como puntos de quiebre, líneas de falla o indicadores de discontinuidad temporal, exigiendo un tratamiento cauteloso que por momentos adopta el tono de lo inefable, lo inenarrable o lo místico. El procedimiento usual de vincular unos acontecimientos con otros, por medio de oraciones narrativas, según la conocida fórmula propuesta por Danto en *Historia y Narración*<sup>5</sup>, encuentra aquí su límite operativo. La ruina del Holocausto no permite más que el relato literal de su misma sordidez. Todo otro intento no es más que la desesperada maniobra del sofisticado "esteticista" que intenta hacernos ver dos clases de relato allí donde nada nos impulsa a apreciar más que la notación canónica de una fórmula repetida.

### III. ¿Tramas o traumas?

En las últimas dos décadas, se ha vuelto usual tomar la categoría psicoanalítica de "trauma" para analizar situaciones como las del Holocausto. Una vasta y exponencialmente expansiva bibliografía se propone dotarnos de un arsenal conceptual interdisciplinario capaz de lidiar con tantas referencias lúgubres. Siguiendo a Mariela Schorr en su trabajo "Trauma colectivo y responsabilidad política", puede decirse que el trauma es invocado cuando se trata de apreciar de qué modo los acontecimientos históricos extremos -por su violencia inaudita e imprevisible- pueden afectar a grupos de modo tal que parecen poseídos por una imagen o un evento -en el sentido de ser incapaces de superar la mera iteración de su ocurrencia<sup>6</sup>. En un plano más sociológico y menos individual, se postula al trauma como "una herida o daño en el tejido que forma una comunidad"<sup>7</sup>, de modo tal que "el trauma colectivo implica un shock de todas formas, y produce la sensación de que la comunidad ya no existe como soporte para la contención de los individuos que habitan en ella"<sup>8</sup>. Intercalando esa corriente "traumática" en la bibliografía con las reflexiones liminares de Tzvetan Todorov sobre la distinción entre "memoria literal" y "memoria ejemplar", la autora se propone entroncar el debate sobre los acontecimientos extremos con los modos culturales y políticos más específicos con los que una sociedad en un determinado momento se habilita o se niega a sí misma determinados modos de invocación del pasado<sup>9</sup>.

De manera similar al modo propuesto por Lang para relatar el Holocausto, la memoria literal "es aquella por la cual el recuerdo de un acontecimiento del pasado es conservado en su literalidad, permanece intransitivo, y no conduce más allá de sí mismo"<sup>10</sup>. A ella puede contraponerse otro uso de la memoria, el ejem-

plar, "que, sin negar la singularidad del acontecimiento, (...) permite tomar el suceso como un caso para pensar el presente. De modo tal que el acontecimiento [sirve] como un modelo para comprender situaciones nuevas, con agentes diferentes"<sup>11</sup>. Este otro uso suele ser rechazado por quienes intentan evitar el tipo de vinculación de sentido apuntado por Danto, por quienes postulan la extrema singularidad y unicidad -en el sentido señalado en la anterior sección- de los acontecimientos en cuestión. La mera comparación, por simple asimilación de los atributos de los acontecimientos, implicaría una profanación o una traición del acontecimiento extremo postulado, por medio de una atenuación de su gravedad. Así las cosas, puede entenderse el *dictum* de Lanzmann: comprender es obsceno.

Sin embargo, esta determinación no es gratuita. La sacralización de la experiencia traumática exige una suspensión del tiempo subjetivo. La distinción entre pasado y presente es obliterada. La repetición de la experiencia traumática por vía de su re-actualización vuelve indistinto el tiempo, impide una localización temporal, anula los relieves de la experiencia. La experiencia traumática impide la reelaboración semántica que supone establecer nuevas conexiones significativas entre distintos acontecimientos. La incapacidad de trascender la situación y el uso abusivo de instanciaciones de la experiencia vivida dificultan la reanudación de la permanente confrontación entre la intelección de lo pasado y la experiencia de lo presente.

Pero aquí cabe la pregunta que Schorr se hace, y que apunta en la dirección que estoy intentando sostener: "La «literalidad» con la que ciertos acontecimientos extremos parecen persistir ¿es una determinación que el pasado nos impone siempre igual o acaso es una imagen que, de algún modo, sostenemos y repetimos una y mil veces a través de nuestras acciones y decisiones presentes?" Y avanza una respuesta, postulando la necesidad de "una historia de las sucesivas decisiones que [una] sociedad fue tomando en relación con dichos acontecimientos, de modo tal de analizar qué acciones pudieron contribuir en el pasado, o podrían contribuir en el futuro, para el movimiento, desde una sociedad anclada en una reminiscencia literal, hacia un tipo de reminiscencia ejemplar"<sup>12</sup>. El balance apunta a estudiar la forma en que se imponen ciertos discursos de legitimación, que "hacen sentido" de determinada experiencia traumática en confrontación con otros discursos que invocan autoridades alternativas, y posteriormente intentan anclar esas conexiones, impedir ulteriores avances, canonizar, sacralizar una determinada forma de invocación narrativa.

#### IV. ¿Suspensión figurativa o cambio representacional?

Danto, en el artículo antes mencionado, se sirve de un recurso harto eficaz para ejemplificar los límites y las imposibilidades de cualquier concepción que se pretenda "definitiva" en lo atinente a la significación. Según él, aun cuando dispusiéramos de una crónica ideal que diera cuenta de todos los acontecimientos en el momento en que ocurren, en la forma de una anotación instantánea de cualquier ocurrencia en términos de actor-realiza-acción-en-espacio-y-tiempo, aun cuando pudiéramos saberlo todo respecto de los hombres en el tiempo, nuestra posibilidad de establecer conexiones significativas entre hechos permanecería indómita e infinita. No hay límites para ello en virtud de que el proceso histórico mismo no

ha concluido y siempre es posible intentar establecer un puente entre el antecedente propuesto y sus lejanos corolarios postulados.

Esta sutil dinámica de vinculaciones ha sido analizada por Verónica Tozzi, en un trabajo reciente denominado "La historia como promesa incumplida", en la cual ese carácter incompleto, frustrado y permanentemente reiniciado, es promovido, vía la vinculación con la noción de causalidad y realismo figurativo de Auerbach -en la lectura de Hayden White-, al rango de constituyente mismo de la disciplina y el modo de invocación y articulación narrativa propiamente histórico. Según la autora, "la noción de causalidad figurativa, y la asociada de realismo figurativo, permite entender la producción de representaciones históricas realistas en términos de la presentación de una figura (de una mimesis no reproductiva) de la realidad"<sup>13</sup>. Esta presentación puede vincularse, en la interpretación que hace White de Auerbach, "con la noción performativa de cumplimiento -como el cumplimiento de las promesas- pero en lugar de entender la historia de las diversas presentaciones de la realidad como sucesivos cumplimientos de la promesa de representarla, presentarla o figurarla de maneras más o menos adecuadas, debe entenderse como una siempre renovada promesa de cumplimiento"<sup>14</sup>. Lo interesante en este cruce de lecturas que realiza Tozzi son sus implicancias: la historia más que representar el pasado, debe renovar la promesa de que hará posibles futuras representaciones de ese pasado. Nada es más ajeno que la idea de una interpretación definitiva. La noción de "figura" implica tanto una renovada incompletud, como un anhelo de un futuro reconciliado que, sin embargo, es siempre futuro. Acorde con esto, se pregunta la autora, ¿dónde queda la noción de privilegio epistemológico, de representación privilegiada por parte de quienes han experimentado una determinada vivencia?

La respuesta es que la horadación de todo privilegio no sólo no imposibilita la intelección de lo pasado, sino que resulta crucialmente positiva por, al menos, dos aspectos: en una primera instancia -epistémica- permite interpretar los cambios en las representaciones históricas en un sentido no limitado a las contrapartes fácticas o relacionadas con la evidencia. En el plano práctico-político, y esta es su segunda conclusión, permite recuperar la dimensión crítica de la historia "como actividad protagónica en la producción de políticas de cambio político y social, pues se opone a aquellas representaciones del pasado (frecuentes en las historiografías de los hechos traumáticos recientes) que pretenden basarse en la consideración de ciertas experiencias históricas como privilegiadas, fijando arbitrariamente la representación del pasado y obstaculizando la aparición de nuevas representaciones que contribuyan a la elaboración del pasado y a la renovación de nuestras representaciones acerca de él"<sup>15</sup>.

Confrontadas estas determinaciones con el proyecto conclusivo-definitivo de la corriente de Lanzmann y Lang, se vislumbra lo que este último implica: la detención del flujo figurativo, de propuesta y promesa de re-presentación, el anclaje en una determinada conexión significativa, la reducción de lo potencial, la clarificación de un sendero de conexión legítima, respecto del cual las demás no son sino desviaciones, en reverencia a una actuación traumática y traumatizada que postula la inaccesibilidad y sublimidad de un acontecimiento juzgado límite. Frente a la propuesta de medir el cambio en las representaciones, utilizando el

esquema del flujo de las figuraciones, lo que el proyecto conclusivo postula es la necesidad de una quizás imposible, pero seguro estéril, suspensión en la figuración, como si de ese modo pudiera conjurar los monstruos atávicos que la memoria de lo traumático aparentemente suscita. Pero para esta maniobra resulta fundamental sostener un punto: el del carácter extremo, sublime, modernista, de los acontecimientos en cuestión.

## V. ¿Qué tienen de extremos los acontecimientos extremos?

Hasta aquí vimos el modo en que se impugnó un modo de narrar y conectar acontecimientos en virtud del carácter traumático de determinada experiencia, la cual prescribe la suspensión del flujo de figuración y representación incumplida. Esta impugnación resulta relevante por al menos dos motivos: por un lado porque se sostiene que los acontecimientos en cuestión son discontinuos y cualitativamente distintos a cualesquiera otros acontecidos previamente; por el otro porque se afirma que los modos de dar cuenta de ellos deben variar en paralelo con aquellas discontinuidades. Pero estas son, de hecho, dos tesis fuertes que deben ser fundamentadas, si han de producir cierta reflexión de algún interés teórico.

En opinión del renombrado filósofo de la historia Hayden White ambas dimensiones del problema se unen en un mismo eje crucial: "el tipo de anomalías, enigmas y callejones sin salida que encontramos en las discusiones sobre la representación del Holocausto, son el resultado de una concepción del discurso que debe demasiado a un realismo que es inadecuado para la representación de acontecimientos, tales como el Holocausto, que son ellos mismos modernistas en naturaleza"<sup>16</sup>. El historiador o cualquiera que pretenda "hacer sentido" de la experiencia pasada se encuentra con un registro enigmático que desafía las categorías interpretativas normales. Puede conocerse en detalle lo que ocurrió, y sin embargo permanece en pie la idea de que hay una "dinámica profunda" que se escurre, que se escapa a toda intelección. Puede ser tentador creer que todo el problema reside en los modos de representación. Pero la corriente "conclusiva", así como una vasta tradición que ha articulado una suerte de "sentido común" sobre el tema, requiere decir algo más. No es al nivel de la representación de la experiencia, sino de la experiencia misma, que estamos ante algo inédito.

Para sostener ese punto de vista es necesario argüir que los cambios que llevaron a lo que White, con Auerbach, llama el "modernismo literario", fueron el producto de una suerte de compulsión de la experiencia que demostró cuan inadecuados eran los viejos modos de figurar "realistamente", propios de la novela decimonónica. El modernismo se interesa por representar la realidad, pero su realidad es otra que la que enfrenta la novela decimonónica. Debe dar cuenta de formas nuevas de la realidad histórica, formas inimaginables, impensables e indecibles, que nos recuerdan, por repetición de términos, aquello que referíamos como reacción ante la experiencia traumática y como propio de los acontecimientos extremos: la confusión y la comprensión de la dificultad de explicar, controlar o contener el flujo de la experiencia dentro de los marcos de referencia habituales. Se produce así un desgarramiento producto de la incapacidad para sobrellevar, siquiera describir adecuadamente los procesos en curso. Podemos oír casi el eco de la frase citada de Erikson: "una herida o daño en el tejido que forma una comunidad"<sup>17</sup>. Ante un mundo dañado, en el que las nociones y modalidades de

representación se vuelven caducas ¿cómo no quedar prisioneros de una imagen, absortos ante lo indecible? Anclados en la iteración, apuntando con fuerza a establecer un primer sentido, en pos de guiarse en el marasmo, ¿cómo no pedir, implorar, exigir una detención del curso figurativo?

En la sombra de la herrumbre, medrando entre ruinas, podemos pedirle al acaso que se convierta en la fiel memoria de los desiertos días que nos han aguardado. Podemos negar toda trama, creyendo que honramos nuestros traumas en estado puro. Podemos rechazar toda intención nueva que intente renovar la eterna promesa incumplida de una reconstrucción figurativa significativa. Podemos quedarnos con la memoria literal, ensimismados en la cautividad de una imagen de la cual lo sabemos todo, sin entender aún nada. Pero nada de eso satisfará esa ansia de "justicia infinita". Permanentemente nos asaltará el rumor de la herencia a cargo. Entonces "saldar las cuentas del pasado quedará como una tarea eternamente inconclusa, y las heridas del pasado reaparecerán una y otra vez, de manera repetitiva, sin elaboración ni transformación histórica o simbólica."<sup>18</sup>

Las dislocaciones en la estructura de la experiencia del mundo, cabe postular, quizás sean menos únicas e intransmisibles de lo que parecen. Lo que se requiere no es una teoría improbable de los acontecimientos únicos, sino una relación entre dislocaciones, momentos y relatos, de modo de poder comprender de qué manera ante una dislocación, la primer reacción es la fijación inmediata de un sentido, y luego su cristalización con la consiguiente oclusión de relatos alternativos. Pero hablar de este modo no implica tratar con los nazis ni con sus víctimas, sino hablar de nosotros, ahora, y de nuestra capacidad para articular relatos que reinicien esas eternas e incumplidas promesas de re-presentación de lo pasado. Tras la noche del decir debemos reiniciar la marcha figurativa. Las vidas vividas y muertas no volverán, aunque las honremos en su sepulcro, aunque nos inmolemos con ellas. Lo único que podemos hacer es un lugar para ellas en nuestro esquema de significatividades, en nuestras relaciones entre acontecimientos que intentan "hacer sentido", para que permanezcan allí, en nosotros y entre nosotros, haciéndonos parte de su herida, siendo una memoria infiel, que nos permita poblar los días por venir. Nada es extremo, excepto nuestro momentáneo dolor ante el mundo que se disloca.

*Nadie pierde (repites vanamente)  
si no lo que no tiene y no ha tenido  
jamás, pero no basta ser valiente  
para aprender el arte del olvido*<sup>19</sup>

## Notas

<sup>1</sup> El presente trabajo se nutre abusivamente de dos trabajos fundamentales presentados en el VII Coloquio Bariloche de Filosofía (2004). De Verónica Tozzi, en "La historia como promesa incumplida", y de Mariela Schorr, en "Trauma colectivo y responsabilidad política" procede todo cuanto de sólido hay en esta ponencia. Las divagaciones intersticiales, en cambio, son todas mías.

<sup>2</sup> J. L. Borges, "1964", en *Obras Completas*, Emecé, Buenos Aires, 1974, p.920.

<sup>3</sup> George Steiner, citado en Berel Lang, *Act and Idea in the Nazi Genocide*, University of Chicago Press, Chicago, 1990, p.151

<sup>4</sup> Una consideración más amplia sobre los "acontecimientos históricos extremos" puede hallarse en D. La Capra, *Writing History, Writing Trauma*, Johns Hopkins University Press, Maryland, 2001

<sup>5</sup> A. Danto, "Oraciones Narrativas", en *Historia y Narración*, Paidós, Barcelona, 1989.



<sup>6</sup> Caruth, C., "Trauma and experience", en Caruth, Cathy (comp.): *Trauma: Explorations in Memory*, Johns Hopkins University Press, Maryland, 1995.

<sup>7</sup> Erikson, K., "Notes on trauma and community", en *Trauma: Explorations in memory*, citado en Schorr, *op.cit*

<sup>8</sup> M.Schorr, *op.cit*.

<sup>9</sup> Todorov, T., *Los abusos de la memoria*, Paidós, Buenos Aires, 2000.

<sup>10</sup> M.Schorr, *op.cit*.

<sup>11</sup> M.Schorr, *Ibid*.

<sup>12</sup> M.Schorr, *Ibid*.

<sup>13</sup> V.Tozzi, *op.cit*.

<sup>14</sup> V.Tozzi, *Ibid*.

<sup>15</sup> V.Tozzi, *Ibid*.

<sup>16</sup> H. White, "La trama histórica y el problema de la verdad", en V Tozzi (comp.) *Hayden White, el texto histórico como artefacto literario* (Trad. cast. V Tozzi y N.Lavagnino), Paidós, Barcelona, 2003.

<sup>17</sup> Cf. nota 6.

<sup>18</sup> Jelin, E. "La política de la memoria. el movimiento de Derechos Humanos y la construcción democrática en la Argentina", en Acuña, C., Jelin, E. y otros, *Juicio, Castigos y Memorias*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1995, citado en Schorr, *op.cit*.

<sup>19</sup> Véase nota 2.